

Muy digno de lástima serías si estuvieras en otra disposición. Pero como de nada sirven los mejores dictámenes especulativos si no se ponen en práctica, toma desde ahora la santa costumbre de decirte á ti mismo siempre que á tí ó á otros suceda alguna desgracia: No hay otro mal sino el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes ó de la salud puede ser para mayor provecho nuestro. Librame, Señor, de todo pecado; pues no temo otro mal.

2 Toma ocasion de todos los adversos acasos de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tus criados, que ningún otro mal se debe temer sino el pecado. Sea este como tu refran ó como una ordinaria sentencia. Repítesela continuamente á tus hijos, y dítela á ti mismo cien veces al dia. No te descuides ni en las mas leves mentiras oficiosas, ni en las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para tí todo cuanto pueda alterar aun ligerísimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demas, es por lo comun origen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al prójimo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista sola de un monstruo asusta y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori quam fedare animam meam*: mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LA MEMORIA DE LA IMPRESION DE LAS SAGRADAS LLAGAS, que en el monte Alvernia de Toscana por especial gracia de Dios fueron impresas en las manos, pies y costado de S. Francisco, fundador del Orden de Menores. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN JUSTINO, presbítero y mártir, en Roma en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano y Galieno fué esclarecido por la gloria de su confesion: este Santo sepultó los cuerpos de los santos Sixto papa, Lorenzo, Hipólito y otros muchos; y finalmente en tiempo de Claudio alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES NARCISO Y CRESCENCION, tambien en Roma.

SANTA ARIADNA, mártir, en Frigia, en tiempo del emperador Adriano.



IMPRESION DE LAS LLAGAS

DE S. FRANCISCO.

LOS SANTOS MÁRTIRES SÓCRATES Y ESTEBAN, en Inglaterra.
 LOS SANTOS MÁRTIRES VALERIANO, MACRINO Y GORDIANO, en Noyon.
 SAN FLOCELO, niño, en Autun; el cual en tiempo del emperador Antonino, siendo presidente Valeriano, despues de padecer muchos tormentos, hecho pedazos por las fieras, alcanzó la corona del martirio.

SAN LAMBERTO, obispo de Mastrich, en Lieja; el cual como por zelo de la religion reprendiese á los de la corte del rey, siendo inocente le mataron los culpados, y pasó al reino celestial á vivir perpetuamente. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PEDRO DE ARBUÉS, en Zaragoza en España, primer inquisidor de la fe en el reino de Aragon; el cual siendo cruelmente asesinado por los judios relapsos en odio de la fe católica, que defendia valerosamente por cumplir con su oficio, alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA AGATOCLIA, esclava de una mujer infiel, en el mismo dia; la cual fué largo tiempo castigada por su ama con azotes y con otros tormentos para que negase á Cristo; finalmente llevada ante un juez, la castigaron con mayor crueldad; y como permaneciese firme en la confesión de la fe, despues de haberla cortado la lengua, la echaron en el fuego.

SANTA COLUMBA, virgen y mártir, en Córdoba. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN SATIRO, confesor, en Milan; de cuyos esclarecidos méritos hace memoria su hermano S. Ambrosio.

SANTA TEODORA, señora muy ilustre, en Roma; la cual en la persecucion de Diocleciano servia con toda solicitud á los santos mártires.

SANTA HILDEGARDIS, virgen, en Binga, en la diócesis de Maguncia. (S. Bernardo declaró que esta Santa se hallaba dotada del espíritu profético, y fué célebre en su tiempo en todo el orbe cristiano, segun se desprende de las varias obras religiosas que escribió, siendo muy digno de notar entre ellas una admirable coleccion de cartas, la mayor parte dirigidas á personas las mas calificadas de la Iglesia y del estado que le pedian sus consejos. Era abadesa de un monasterio en la diócesis de Maguncia, el último que fundó, cuando voló al Señor en el año 1179 á los ochenta y dos de su edad.)

LA MILAGROSA IMPRESION DE LAS LLAGAS DE S. FRANCISCO.

ADMIRABLE es Dios en todos sus santos; pero con todo eso hay algunos á quienes distinguió con tan especiales favores, que parece le hacen mas admirable las singulares maravillas que obró en ellos. En este número se debe contar el grande san Francisco de Asís. Fué su vida una continuada serie de favores tan señalados y de sucesos tan maravillosos, que igualmente acreditaron las grandes misericordias del Señor, que la eminente santidad de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Pero

el milagroso suceso, cuya memoria quiso consagrar la Iglesia con fiesta particular en este día, fué sin duda de los mas sobresalientes. Apenas haremos mas que trasladar casi palabra por palabra lo que nos dejó escrito S. Buenaventura.

El año de 1224 renunció S. Francisco el generalato en manos del bienaventurado Fr. Pedro de Catánea; y habiendo mostrado al mundo el poder de Dios en muchas ocasiones, tanto con sus sermones como con sus milagros, se retiró al monte Alverna para pasar en él su cuaresma de S. Miguel; es decir, para entregarse á la soledad y al ayuno por espacio de cuarenta dias, desde la ascension de la Virgen, hasta el último de setiembre. Está situado este monte en los confines de la Toscana, y es una parte del Apenino que pertenecía á un señor del país llamado Orlando Catáneo, y en el año de 1213 se le habia concedido á S. Francisco, fabricando en él una iglesia pequeña para el Santo, y algunas celdas para sus frailes. Retirado, pues, el santo patriarca á dicho monte, y hallándose un dia en lo mas fervoroso de su oracion, sintió fuerte inspiracion de abrir el libro del Evangelio, persuadido á que habia de encontrar en él lo que Dios queria que hiciese. Prosiguió un rato en su oracion, y tomando despues el libro del altar, mandó á Fr. Leon que le abriese. Era Fr. Leon el único compañero que habia llevado consigo á la soledad. Abrióle por tres veces, y en todas salió la pasion de nuestro Señor Jesucristo, por donde entendió S. Francisco que lo que Dios queria de él era que cada dia se hiciese mas semejante á Cristo crucificado, aumentando el rigor de la mortificacion y de la penitencia.

Una mañana, hácia la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, que es el dia 14 de setiembre, hallándose en oracion, se sintió tan abrasado en incendios del divino amor, y con tan inflamados deseos de ser semejante á Cristo crucificado, que no le parecian bastantes para satisfacerle todas las penitencias del mundo, ni aun el martirio mismo; cuando de repente vió bajar de lo mas alto del cielo á un serafin, que en rapidísimo vuelo venia como á dispararse sobre él. Tenia seis alas encendidas y resplandecientes; dos se elevaban sobre la cabeza, otras dos estendidas como en ademan de volar, y las otras dos cubrian todo su cuerpo. Pero lo mas portentoso era que el serafin parecia estar crucificado, teniendo los pies y las manos clavados en una cruz. Cada uno podrá imaginar cuanta seria la admiracion y el pánico; qué afectos de amor, de gozo y de compuncion escitária en el corazon de nuestro Santo la vista de aquel prodigio. Comprendió entonces, dice S. Buenaventura, que su trasformacion

en imagen de Cristo crucificado no habia de ser por el martirio corporal, sino por la inflamacion del espiritu, y por el abrasado encendimiento del divino amor. Duró algun tiempo la vision; y habiendo desaparecido, dejó en su corazon una impresion maravillosa, y al mismo tiempo otra mas portentosa en su cuerpo; porque inmediatamente se comenzaron á manifestar en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, ni mas ni menos como las habia visto en la imagen del serafin crucificado; esto es, las manos y los pies parecian haber sido clavados por el medio, descubriéndose las cabezas de los clavos en la parte interior de las manos, y en la exterior ó superior de los pies, y las puntas remachadas á la parte opuesta de éstas y de aquéllas. En el costado derecho se manifestaba una cicatriz roja como de herida de lanza, saliendo de ella muchas veces tanta abundancia de sangre, que se humedecian la túnica y los paños interiores. Y estas son aquellas cicatrices que desde entonces se comenzaron á llamar las llagas.

Hallóse en grande afliccion el humilde Santo, viendo por una parte que no era posible ocultar largo tiempo á sus mas familiares compañeros estas visibles y maravillosas señales de la particular bondad del Señor, y temiendo por otra publicar sus secretos. Llamó, pues, algunos frailes de los que tenia por mas espirituales, y proponiéndolos la dificultad en términos generales, los pidió consejo. Uno de ellos, muy versado en los caminos de Dios, haciendo juicio por el aire y por las palabras de S. Francisco que habia visto alguna maravilla, y que por humildad la queria ocultar, le dijo: *Hermano, sábete que Dios no te descubre algunas veces sus secretos para ti solo, sino tambien para los demás; por eso debes temer que algun dia seas reprendido por haber enterrado y escondido el talento.* Movido S. Francisco de estas palabras, se rindió al parecer de sus frailes, y les contó ingenuamente todo lo que habia visto, añadiendo que el que se le apareció le habia descubierto cosas que nunca revelaria él á persona viviente. A S. Buenaventura le parece que nuestro Santo, como otro S. Pablo, vió entonces cosas llenas de misterios, de los cuales á ningun hombre es licito hablar. Acabados los cuarenta dias, bajó del monte como otro Moisés, inflamado el rostro; y por mas cuidado que puso en ocultar á todos, aun á aquellos hijos mas amados y mas familiares suyos, las permanentes señales de tan insigne favor, cuidó el mismo Señor de manifestarlas por medio de varios milagros.

Habiase estendido por toda la provincia de Rieti una enfer-

medad contagiosa entre el ganado, de la cual morian muchas reses, tanto ovejunas como vacunas, sin acertarse con el remedio; y estando durmiendo un gran siervo de Dios, tuvo un sueño en que se le avisó que fuese á la ermita de los frailes menores, donde se hallaba S. Francisco á la sazón, y rociase todo el ganado con el agua en que el Santo hubiese lavado sus manos y sus pies. Luego que amaneció se puso en camino el santo varón para la ermita, y pidiendo secretamente aquella agua, roció con ella á todas las reses enfermas que estaban tendidas por el suelo. Apenas las tocó la primera gota cuando se levantaron vigorosas y corrieron hambrientas á los pastos, cesando de esta manera toda la enfermedad. El mismo S. Buenaventura refiere esta maravilla. Tambien es hecho constante, añade el mismo Santo, que antes que S. Francisco recibiese del cielo esta gracia especial, todos los años se levantaba al rededor del monte Alverna una maligna nube, que deshaciéndose en granizo, arruinaba los frutos y desolaba todo el pais; pero desde que el Santo recibió las sagradas llagas no se volvieron á ver aquellas maliciosas nubes, y toda aquella comarca lo reconoció por milagro.

A pesar del gran cuidado que ponía el siervo de Dios en ocultar aquellas impresiones y señales de sus sagradas llagas que el Señor había estampado en su cuerpo, no pudo estorbar que se viesen las de las manos y de los pies, aunque despues de aquel tiempo andaba siempre calzado, y casi siempre tenia cubiertas las manos. Vieron las llagas muchos religiosos suyos, que sin embargo de ser dignísimos de toda fe por su eminente santidad, lo aseguraron despues con juramento para quitar el pretesto á toda duda. Tambien las vieron mas de una vez algunos cardenales, amigos particulares del Santo, y muchos las celebraron en verso y en prosa, como lo afirma el mismo S. Buenaventura; el cual añade, que asistiendo á un sermón del papa Alejandro IV., aseguró públicamente el papa que en vida del Santo había visto las sagradas llagas con sus mismos ojos: *Summus etiam pontifex Alexander, cum populo predicaret, coram multis fratribus affirmavit se dum Sanctus viveret, stigmata illa sacra suis oculis conspexisse.* En la muerte del Santo mas de cincuenta frailes, Sta. Clara con todas sus hijas, y una multitud innumerable de seculares de todas condiciones, satisficieron su piadosa curiosidad, viendo con sus ojos, y tocando muy despacio con sus manos las sagradas llagas impresas en el santo cuerpo, como lo dice tambien el mismo seráfico Doctor.

En cuanto á la llaga del costado la ocultó el Santo con tanto cuidado mientras vivió, que ninguno se la pudo ver sino cogiéndole por sorpresa. Un hermano que le asistía, y se llamaba Fr. Juan de Lodi, se valió para esto de un piadoso artificio, persuadiendo al Santo que se quitase la túnica interior para limpiarla; con cuya ocasion no solo vió dicha llaga, sino que metiendo en ella los dedos, le causó un vivísimo dolor. Otros dos religiosos contentaron su devota curiosidad con semejante artificio; y cuando faltaran otras pruebas de la certidumbre de este hecho, seria evidente testimonio de él la sangre de que estaba teñida la túnica y los paños interiores. Pero muerto el Santo, tambien fué vista muy á satisfaccion esta milagrosa llaga por muchas personas; de manera que en las vidas de santos se encontrarán pocos sucesos mas bien averiguados y comprobados que el de las llagas de S. Francisco. S. Buenaventura, que escribió la vida del Santo treinta ó treinta y cinco años despues de su muerte, dice que todos los que vieron y tocaron estas llagas reconocieron que los clavos se habían formado milagrosamente de la carne, y tan adherentes á ella, que cuando los movian ó los apretaban por un lado se descubrían mas por el opuesto á manera de nervios endurecidos, compuestos de una sola pieza. Los clavos eran negros como de hierro; pero la llaga del costado se conservaba siempre roja y rasgada en figura redonda, como especie de rosa. Cierta caballero, llamado Jerónimo, hombre de capacidad, de observacion, y muy acreditado, dificultando el asenso á esta maravilla, la examinó á presencia de muchos con mayor indagacion que todos los demás: movió los clavos, tocó con sus propias manos los pies, las manos y el costado del santo cuerpo, y quedó tan convencido de la verdad, que despues fué uno de los testigos, y la depuso auténticamente con solemne juramento. Pero cuando no fuese bastante este cúmulo de pruebas y de testigos, lo seria el haberlo asegurado en sus bulas dos grandes pontífices, y que la Iglesia haya establecido una fiesta particular, que se celebra hoy en todo el mundo cristiano, para celebrar la memoria de esta maravilla.

SANTA COLUMBA, VIRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Columba, tan celebrada por la sencillez y por la pureza con que acreditó el significado del nombre de Paloma, que se le impuso sin duda por inspiracion divina, como por la heroica fortaleza con que se ofreció al martirio, fué natural de Córdoba,

hija de padres ricos y nobles, cuñada del santo mártir Jeremias y hermana del venerable Martín, abad del monasterio Tabanense, y de Isabel su fundadora y tambien abadesa. Criábanse sus padres con el regalo que el amor ayudado de las riquezas suele hacer donde se hallan juntos. Ponian en ella los ojos como en la única heredera de sus bienes, á los cuales habian dado de mano los dos hijos Isabel y Martín, encerrados en su monasterio. Columba desde muy niña mostró lindo ingenio y juicio y amor á todo lo bueno; veneraba la santidad de su hermana, amaba su virtud, y con el trato frecuente de ella se encendió en deseos de imitar su resolucion. A la compañía de sus padres cercenaba todo el tiempo que podia para tratar con ella y con las demás religiosas que estaban ya recogidas en la ciudad mientras se edificaba el monasterio. Por estos medios iba preparando el Señor á esta sierva suya para la corona que despues alcanzó. Dijo á su hermana el ansia grande que tenia de verse fuera del siglo en vida religiosa. La hermana viendo claro que queria ser monja en su monasterio, procuró dar largas á su determinacion. Rezelaba no fuesen aquellos deseos hervores indiscretos de la edad, y de otra parte temia tambien que sus padres tuviesen de ello pesadumbre, pues sabia que tenian puestos los ojos en Columba para la sucesion de su casa.

Por mucho que esto lo llevaban oculto las dos hermanas, lo llegaron á entender los padres. Recibieron de ello grande enojo: culpaban á la monja y á su hermano; diéronles quejas de que tras haber gastado su hacienda en aquella fundacion, quisiesen ahora llevarles aquella hija, consuelo único de su vejez. A Columba procuraron desviar de aquel pensamiento ya con ruegos, ya con quejas de padres, ya con lástimas. Su madre especialmente hizo cuanto suelen las mujeres indiscretas en casos tales. Echó mano de lo que mas suele valer en la gente moza poco advertida, ó muy ganosa de libertad. Pero viendo que ninguna reflexion bastaba en Columba para persuadirla, dejándose llevar de los sentimientos que inspiran la sangre y la carne, trató de casarla. Afligióse mucho la casta doncella de ver á su madre empeñada en lo que ella tanto aborrecia: decíale con humildad, que no tuviese en esto tanta prisa. Porfiaba la madre como mujer apasionada; todo era mirar á quien escogeria. Corriendo así las cosas, la madre en su porfia, la hija en su constancia, previno el Señor con inescrutable juicio la negociacion de la madre llamándola para sí.

Sintió Columba la muerte de su madre, y se aprovechó de la libertad que Dios le ofrecia para consagrarse por esposa. Ayudó

con sus bienes á la conclusion del monasterio, y con su buena hermana se encerró en él llena de alegría. Mostróse desde luego grande en humildad, perfecta en caridad, loable en la conversacion, constante en la oracion, firme en la paciencia, incansable en la misericordia, mansa, agradable, suavísima: su vida inocente tenia embelesadas y edificadas á las demás hermanas. Juzgábase y despreciábase á sí misma; á los demás miraba con respeto y amor. Dióse tambien á la lectura y al estudio de las santas Escrituras; y comunicándola el Señor una luz especial para que entendiese los misterios mas elevados, la servian estos conocimientos de encender mas y mas su voluntad en las llamas del amor divino. Para gozar mas á su salvo de los regalos de esta celestial sabiduria, buscó nuevo retiro aun dentro del monasterio, alcanzando de su hermana la abadesa que la eximiese de algunos oficios de la comunidad con que á veces suele estorbarse el recogimiento interior. Redobló allí el rigor de su penitencia; comia poco y dormia tambien poco y sobre una estera; alternaba la leccion con la oracion, ó por decir mejor, en la oracion cogia los frutos de la leccion; y anegada en la mas alta contemplacion de las eternas verdades, permanecia en fervorosa oracion por espacio de muchas horas, unas postrada en tierra, y otras en pié, manteniéndose en una agradable suspension con un semblante sereno, sin que se le oyese el menor suspiro ni gemido; pero con tanta abundancia de lágrimas, que corriéndole hilo á hilo por las mejillas llegaban á regar la tierra. Saboreábase frecuentemente con aquellas palabras que solian decir los monges antiguos: *Abreme, Señor, las puertas del paraiso; para que vuelva yo á aquella patria, donde no se sabe qué es muerte, y donde el gozo nunca se acaba.* Permitió el Señor que fuese combatida con muchas y muy recias tentaciones, las cuales con la asistencia de la divina gracia le fueron ocasion de nuevas coronas.

Cuando Columba brillaba con el resplendor de tantas virtudes reinaba por este tiempo en Córdoba el cruelísimo Mahomad de quien tantas veces hemos hablado. Habiendo sido derribado por orden suya el monasterio Tabanense, se retiraron las religiosas en una casa que tenian en los arrabales de Córdoba, junto á la iglesia de S. Cipriano. Deshacíase Columba en lágrimas viendo profanados los templos del Señor, y tambien por hallarse otra vez como sumergida en el mundo. Cuando por la inmediatecion de la iglesia oia leer á los sacerdotes las actas de los mártires, cuya laudable costumbre tuvo la Iglesia en los siglos antiguos al tiempo de la liturgia, sentia ella en sí vivísimos deseos de ir á

Dios por el martirio. Aseguróse bien antes de que esta era vocación del Señor; un día saliendo ocultamente de su casa, se presentó al gobernador de la ciudad, y le dijo como era cristiana, y que la ley del Evangelio era la única senda de la salud, fuera de la cual nadie llega al gozo perdurable. Atónito el juez de ver tan buena razón y discurso en tan linda mujer, la llevó él mismo ante el consejo, ó bien creyendo que la intimidaría la autoridad de aquel senado, ó bien persuadiéndose que el respeto de los magistrados la contendría para no hablar contra su profeta con tan generosa libertad; pero fué tan al contrario, que repitió allí Columba sus primeras palabras y la misma confesion que tenia hecha. Mostráronle los consejeros lástima grande, no menos enamorados de la belleza y graciosa compostura de la Santa, que de su elocuencia: ofreciéronle si renegaba de la fe, partidos muy ventajosos segun el mundo; amenazábanla tambien si no se rendia, que la cortarian allí la cabeza. La santa doncella nada amaba en este mundo sino los medios para llegar á Jesucristo su esposo, y así se lo manifestó valerosamente diciendo: *No tiene mi Señor Jesucristo esposa tan débil, que por bienes tan caducos haya de mudar su propósito, divorciándose del desposorio que tiene celebrado con él, cuando recibió sus arras: ¿quién es más poderoso que él, para que querais persuadirme á que le deje por unas riquezas perecederas? ¿quién mas poderoso, para que pueda agradarme alguno de los hijos de los hombres? ¿y qué religion hay mas santa y mas verdadera que la suya, confirmada con tantos milagros como se han visto en su comprobacion en todos tiempos? Separaos vosotros de los embustes que enseñó vuestro falso profeta, que ha sumergido á tantas almas en el infierno, y abrid los ojos á la luz del Evangelio, para que seais hijos de ella creyendo en sus infalibles verdades.*

Los consejeros corridos de verse ultrajados de aquella manera, desengañosos tambien de que era perdido el tiempo y las diligencias que empleasen en reducirla, la mandaron luego decapitar delante del palacio. Quiso la Santa gratificar al verdugo, y le dió en premio alguna cosa, que no escribe S. Eulogio cual fuese. Fué el glorioso martirio de Sta. Columba tal dia como hoy en el año 853. Dispuso el Señor por una providencia especial, que no usasen los moros con el venerable cuerpo de su amada esposa algunas de sus acostumbradas brutalidades, como era arrojar los cadáveres de los mártires á los perros para que los devorasen, ó al fuego para que quedasen reducidos á cenizas, ó clavarles en palos á la vista de la ciudad: vestido como estaba



S. PEDRO ARBUÉS, M.

su sagrado cuerpo lo cosieron en un seron, y lo echaron al rio Guadalquivir. Seis dias despues lo hallaron unos monges entero y sin corrupcion alguna y lo llevaron á S. Eulogio, quien dispuso que se le diese honrosa sepultura en la iglesia de Santa Eulalia que estaba en el barrio llamado Fragelas, que Feria conjetura ser el sitio donde ahora está (ó estaba pocos años hace) el convento de nuestra Señora de la Merced. D. Antonio Jimena da á entender que antiguamente hubo en Martos reliquias de nuestra Santa. Acaso las llevó el abad Sanson por los años 854 en que se retiró á Martos huyendo de la persecucion del obispo de Málaga Hortigesio, y el conde Servando. En octubre del año 1737 llevaron de allí á Córdoba una reliquia de la santa virgen, la cual se venera en la iglesia de S. Rafael. Hoy se celebra su fiesta en aquel obispado. Ha sido siempre grande la veneracion de los españoles á Sta. Columba.

No debe confundirse Sta. Columba de Córdoba con otra santa virgen y mártir del mismo nombre, natural de la ciudad de Sens en la provincia de Campaña en Francia, cuya fiesta se celebra el dia 31 de diciembre; Ambrosio de Morales prueba con poderosísimos fundamentos, que la de este dia padeció gloriosamente en Córdoba, lo que se demostró con toda claridad despues que se descubrieron las obras de S. Eulogio, de cuyos escritos se sacaron las lecciones del oficio eclesiástico de la Santa, que aprobadas por el papa Clemente VIII, se insertaron en el Breviario de la Iglesia de Córdoba.

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR.

EL glorioso martirio de este Santo reúne en sí dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del Evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tanto mártir que testificó con su sangre y la religion porque moria, tenia todos los caracteres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia existencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fué el que pudo mover á los mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate derechamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así reciprocamente fué ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado